

Llegando¹

Ricardo Plank *

La década que se inicia será llamada infame. Dicen que es el veintisiete de marzo, y que es jueves. Bien podría ser lunes, y también abril, o mayo. Las historias como esta boyan en los recuerdos, como un globo rojo que ha alcanzado las nubes, dejan reflejos de las emociones, pero nadie ha tomado notas para facilitar la precisión. Su protagonista no encuentra motivos para referenciar los días, todos le parecen extraños, hostiles e iguales. En este mes solía encontrarse con la primavera, pero aquí es otoño. Y él no es más que otra hoja amarilla desprendida, sin quererlo, sin poder evitarlo, sin atreverse a resistir el designio imperioso de la estación. Los vientos azarosos de los tiempos lo han cambiado, entre remolinos, brisas y ventarrones, de país, de hemisferio, y de vida.

Un tren con solo cinco vagones se acerca al pequeño pueblo, donde la máquina de vapor debe reabastecerse. Esa parada técnica es la razón principal que justifica que el poblado haya sido establecido en ese punto preciso, a treinta y nueve kilómetros de la capital provincial, en un lugar que algún ingeniero eligió una vez sobre cierto plano.

Tras una hora de viaje, termina el traqueteo. El paisaje ha sido una sucesión de aromitos, ceibos, pastizales, ranchos escasos, taperas, algún casco de estancia, pocos campos cultivados, caballos y muchas, demasiadas, vacas. La locomotora anuncia con su inconfundible pitar la llegada a la estación. Un cartel, hacia la izquierda, la identifica. Laguna Paiva.

Su primer lugar, en este país tan grande, fue Tres Arroyos, pero allí la soledad y el idioma incomprensible lo abrumaron. Le sugirieron Esperanza, le dijeron que allí se

*Ricardo Plank

Nacido en Santa Fe en octubre de 1959. Es Analista Universitario de Sistemas. Se desempeña como Profesional Principal en el Centro Científico Tecnológico del Conicet de Santa Fe, donde realiza actividades de ingeniería de software.

Participa en el taller “Quo Vadis?” que dirige Nicolás Rojo desde 2014. Obtuvo menciones y premios en certámenes literarios de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) de Santa Fe en 2015 y 2016 y de la Asociación de Escritores Independientes Santafesinos (ADEIS) en 2016. Su primer libro de relatos, “Llegando”, fue publicado por “Ladran Sancho Ediciones” en octubre de 2016. E-mail: ricardo.plank@gmail.com - Facebook: Ricardo E. Plank – Escritor - YouTube: Ricardo E. Plank – Escritor

¹ Mención en el Certamen Nacional de Cuento Breve “Gastón Gori” 2015- SADE Santa Fe.

Este cuento aporta el título para el primer libro de Ricardo Plank. La palabra alude también, en forma indirecta, a la irrupción del autor en el espacio literario santafesino. El libro homónimo se consigue en las librería santafesinas “Quijote”, “Del otro lado libros”, “El arca del Sur”, en Radio Cultura, y contactando al propio autor por correo o Facebook.

entiende y se habla el alemán. Iba para allí. El viaje a la ciudad de Santa Fe fue largo y difícil. Pero eso no es nada, comparado al cruce del océano en barco. Podría haber ido a Brasil, a Estados Unidos, a Nueva Zelanda, pero llegó a Argentina.

En el andén de la gran estación del Ferrocarril Central Norte, esperando el tren que está por partir hacia su destino, alguien escuchó sus torpes palabras en español y la charla con algún otro pasajero en el idioma natal, y sintonizó de inmediato con el acento que encontró familiar. Era un paisano, el que se acercó al austriaco. La casualidad dispuso que fuera oriundo de la misma provincia que el muchacho, Burgenland. Una pequeña alegría. Yo voy a Paiva, le dijo, vayamos juntos. Y le explicó: aquel hombre, el polaco en el rincón, anda buscando personal para el taller que tiene en ese pueblo, ofrece trabajo para herreros, albañiles, yeseros, para cualquier inmigrante con oficio.

Desde que dejó Viena, el destino le sopla en ráfagas impredecibles. Él se deja flotar, liviano como pluma, casi sin decisión, lo mismo le da cualquier lugar, si hay trabajo. Solo piensa en trabajar. El polaco lo acepta, necesita carpinteros. Ofrece una paga discreta y un techo.

En el camino los paisanos hablan del Heimat, el querido terruño que ambos han dejado hace pocos meses. Recuerdan el gran lago que separa Austria, y su provincia, de Hungría. Los dos han nadado y pescado allí. Se ocupan de músicos, Mozart, Strauss, Haydn, y de Schubert, y ese apellido lo estremece. Tararean un vals, cantan una canción popular, mencionan el Danubio, y añoran la patria. El muchacho rememora el castillo que ha visto toda la vida, cada mañana al despertar, desde la ventana de su humilde casita. Los turcos nunca pudieron superar esa fortaleza. Pero no habla de sus padres, ni de su vida pasada. Cruzando el mar, ha sabido construir la gran coraza que blindará sus sentimientos, su rencor, sus recuerdos, hasta el fin de sus días. Cada ola del océano ha ido sepultando, en profundidades abisales, la historia que nunca más contará, la del amor que debió abandonar.

En la humilde valija marrón lo acompañan algunas pertenencias escasas, algo de ropa, un traje holgado, que sus padres le han comprado antes de la partida, una corbata, un reloj de bolsillo, los documentos, un certificado, un par de herramientas, pocas fotos, y un cuadernito de tapas blandas, forrado de azul. Una etiqueta blanca lleva este rótulo "Wien, 1926". En él, su secreto tesoro, ha escrito cientos de sencillos versos de amor, "Liebesverse", dos años antes de partir, en una pensión de una Viena que le prometía

otra vida, cuando el futuro y la felicidad parecían bailar un vals cada mañana. Estrofas sencillas y desesperadas que le cantan a un amor imposible, a su Anna Schubert, con una sensibilidad aun adolescente, que con los años irá aserrando, taladrando y machucando a martillazos. Como esta, numerada con el VIII.

Alles kann der Mensch vergessen

Ob es leicht ist oder schlecht

Aber was man treu geliebt

Das vergisst man nihmermer

Casi noventa años pasarán, para que yo pueda entender esas palabras, su sentido, y traducirlas, bastante mal.

Todo puede olvidar la persona

Si es fácil o si no lo es

Pero lo que se ama con fidelidad

No se olvida nunca más.

Anna es protestante. Una pareja imposible para quien forma parte de una familia católica, en un minúsculo pueblo intolerante, como los son todos en esos años europeos. El padre del carpintero ha hallado la solución al dilema. La estocada comienza cuando le dice “*Es ist besser für mich...*”. Le explica al hijo que prefiere no verlo nunca más, a que comparta la vida con esa mujer. La herida es profunda y terrible. Cuando el hombre, rudo, termina la frase, es el momento preciso de la muerte, y la acepta. Hay hechos, sucesos determinantes, que en un segundo cambian los destinos. A veces, interviene el azar, otras veces, como en este caso, no son más que la simple consecuencia de las fuerzas y tendencias naturales de las cosas, que en algún instante eclosionan. No es culpa del volcán la erupción. Tal vez la posición de los astros en el cielo, al momento de nacer, le configuraron esa mañana. Las líneas de su palma, la representación de su vida predestinada, ese día se cortaban.

El hombre, el campesino, sobreviviente de la gran guerra, el que escapó de la prisión y regresó caminando de Rusia a Austria, se ha empeñado y ha pagado el viaje de su segundo hijo a América. Y el hijo cumplirá, al pie de la letra, tal como se le ha impuesto, el preciso legado. Ha de respetar a rajatabla la preferencia paternal. Sabe que no volverá jamás al *Heimat*, que tampoco escribirá una sola carta, que no verá las tumbas

de sus padres, y que a ella no podrá olvidarla. Lo que ha empezado para él, esa mañana, se llama sobrevida.

La estación los recibe llena de personas y vendedores ambulantes. Del tren bajan italianos, españoles, rusos, alemanes, eslovacos, húngaros, el sobreviviente, y también don Bruno, el polaco, que organiza el pelotón de nuevos reclutas. Todos lo han de seguir.

Dicen que es otoño, en este país, esta provincia, en este poblado pequeño que se llama Laguna Paiva. ¿Cómo será aquí el otoño? ¿Lluvioso, triste, frío, oscuro? En Buenos Aires, todo era calor, sofocante, calor y humedad, un descomunal desorden de innumerables coches, trenes y personas que, como enjambres en guerra, promueven un bullicio infernal. En este pueblo no hay montañas, ni castillo, ni arroyos cristalinos, ni praderas, ni viñedos. Sólo ha visto bañados, tierras blancas, pastizales, y unos arbolitos que ni para hacer sombra parecen servir. A cada lado de las calles embarradas, transitables solamente con sulkis o carros tirados por caballos, o con algún intrépido camioncito, unas cunetas de aguas verdes anuncian las veredas. Unos palos escuálidos, plantados cada tanto, prometen árboles por venir. Las dos o tres hojitas que han dejado caer, parecen definir lo que es el otoño en este desolado lugar. Dicen que aquí nunca nieva, todo parece rodearse de barro y tierral. Lo mismo da.

El grupo se aleja de la estación, a cien metros pasan por una linda plaza, y todos se persignan al pasar frente a la iglesia. En una esquina hay un boliche, que está abierto. Alguien canta adentro, acompañado por una guitarra. En una mesa, cuatro hombres juegan, haciendo muecas, a los naipes. La bandera argentina ondea en el frente de lo que es la biblioteca del pueblo.

Cruza un carro, tirado por dos caballos. Ofrece leche, productos de panadería y diversas mercancías. Don Bruno compra una bolsa, y reparte panes entre los hombres.

Trescientos metros más adelante llegan a un galpón. Allí trabajan treinta o cuarenta personas. Los trabajadores detienen un instante sus labores, para saludar, tímidamente, con pequeños gestos, a los recién llegados, sin abandonar sus puestos.



Los diez extranjeros nuevos dejan sus pertenencias en el galpón, y los conducen a un salón, en el cual un hombre, sentado en un escritorio sucio, donde se amontonan sellos de goma y pilas de papeles, anota en un gran libro el nombre de cada uno, el oficio, y algunos pocos datos más. Pablo, carpintero, austríaco, veinticuatro años.

A mi abuelo le asignan una pequeña pieza hacia el fondo. Se pone contento, porque es solo para él. No puede saber que vivirá más de cincuenta años en ese pueblo, ni que don Bruno será algún día su suegro. A medida que se va acercando hacia la puerta, al final del patio, con su valija, le llama la atención la pequeña luz que va adivinando. Sólo una vela encendida, un jarro con tres claveles blancos, un ataúd rústico, y adentro, un hombre pelado y de bigotes, muerto, ocupan la mitad del espacio que le han asignado. Contra la otra pared, hay un catre preparado para él.

Video: <https://www.youtube.com/watch?v=3QM7yGyM7kQ>



LLEGANDO

Ricardo E. Plank

(Cuentos)

Ladran Sancho Ediciones